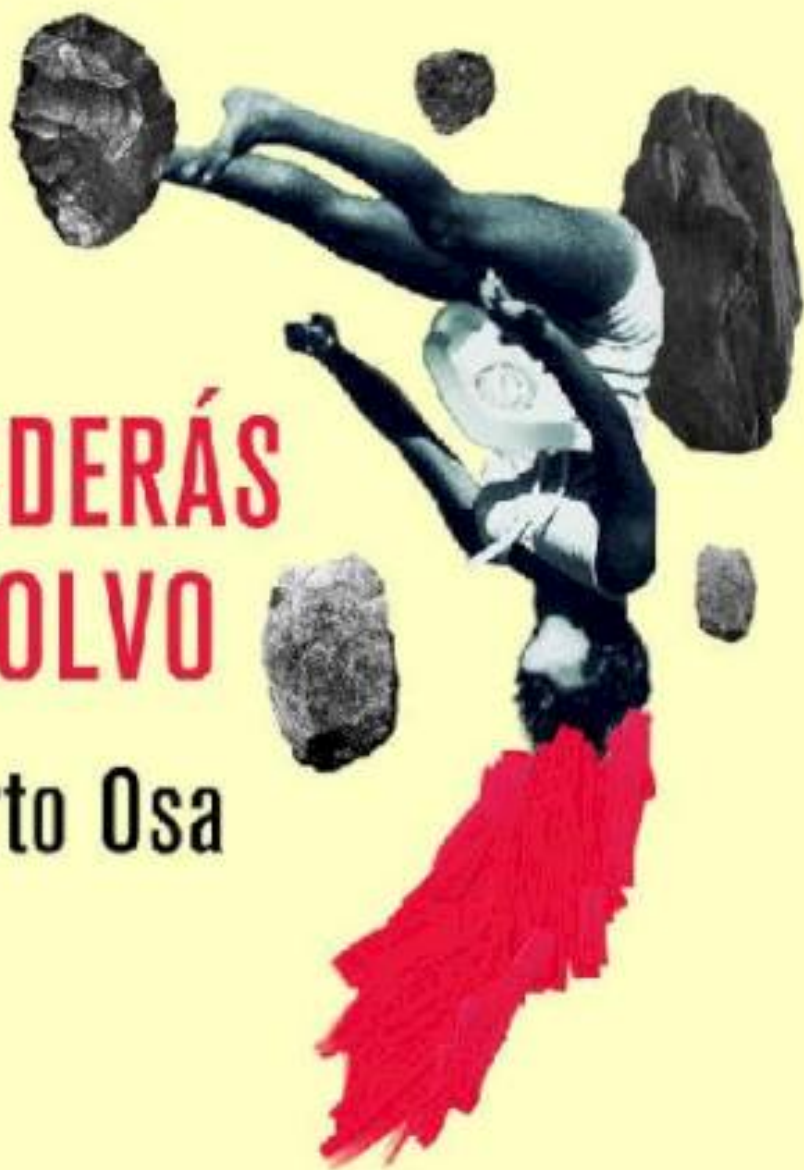


XXXVI PREMIO FELIPE TRIGO DE NOVELA

MORDERÁS EL POLVO

Roberto Osa



f)L Fundación José Martí Lara

Índice

PORTADA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Empecé a darme cuenta de que
la devastación y la catástrofe son
un espectáculo de una belleza exquisita.

BOHUMIL HRABAL

Una soledad demasiado ruidosa

Otra cosa que me atormentaba mucho
por aquel entonces era que
yo no me parecía a nadie,
ni nadie se parecía a mí.

«Yo soy uno, mientras que ellos son *todos*».

FIÓDOR M. DOSTOIEVSKI

Memorias del subsuelo

1

Mataré a mi padre este mismo fin de semana.

No es una decisión que haya tomado de repente, se trata más bien de arreglar algunas cosas que se torcieron cuando yo aún era una niña.

Durante los últimos veinte años apenas nos hemos visto. En todo este tiempo he malvivido en Madrid agarrotada por su recuerdo, vagando por servicios sociales y programas de integración que me llevaban de un empleo a otro hasta que encontré el turno de noche del teléfono de atención al ciudadano, al que ahora vuelvo después de siete días.

Mi padre vive en Pedregal, el pueblo donde yo también me crié, y la verdad es que no he tenido mucha más información suya hasta que esta noche ha sonado el teléfono. En la pantalla parpadeó un número en verde y, al descolgar, sólo una respiración, casi un bufido. Nada más. Sé que es él porque nadie más resopla así, nadie puede hacerme temblar como el Morueco. Acabaré contigo, juro que lo haré. Lo juro por esta barriga con la que cargo desde hace ocho meses, por mi único ojo y por todo el daño que nos hicimos entonces. Lo juro por las montañas de basura que desbordan las aceras de la ciudad, por los contenedores repletos, por todas estas ratas que corren a darse el festín entre las cajas de fruta podrida, por las moscas azules que revolotean entre los cartones de vino y las mierdas de perro. A veces la acera está tan sucia que tengo que abrirme paso a patadas. No me molesta la basura, lo único que me da asco es el tufo a vino tinto. Me recuerda a mi padre.

Cuando llego al trabajo aún quedan diez minutos para las once de la noche, entonces empezará mi jornada. Mien-

tras tanto aprovechó para secarme el sudor con la manga del chándal, especialmente en la zona del párpado; luego recupero el aliento con un pitillo. Fumo frente al cristal opaco que cubre la fachada. Aunque tengo calor, no voy a quitarme la capucha; sé que todos esos bastardos del turno de tarde están a punto de salir y no pienso enseñarles mi párpado vacío. A mi izquierda hay varias cajas de cartón apiladas. Las taneo por si alguna me pudiera servir para el apartamento, pero están chorreando y huelen a vísceras. Al otro lado, una moto negra y reluciente, no sé cómo han podido aparcarla entre tanta mugre, o tal vez la moto estaba aquí antes que las cajas y que los sacos desparramados, antes incluso que la verdura podrida o el olor a vinagre.

Tras la mampara aparecen las sombras del turno anterior. Siempre me incorporo los viernes, esta noche hace demasiado calor para el mes de mayo, intento concentrarme en el humo que sale de mi boca, tengo que pensar de qué manera voy a cumplir mi juramento, pero una presión en la pierna me distrae; de entre las cajas ha salido un dálmata, lleva algo en el hocico y lo estruja contra mi pierna. Es una paloma.

Se me escapa un grito.

La dueña llama al perro desde la esquina, él aguanta parado frente a mí con la paloma entre los dientes. A la tercera llamada, el perro suelta la presa y va corriendo al encuentro con la mujer.

Yo alejo la paloma de un puntapié y sigo dando caladas al cigarro.

Si te asustas por tan poca cosa, prepárate para tu padre.

Suenan seis pitidos. Código correcto. La puerta se abre y el rebaño empieza a salir. Primero huyen las madres, con prisa por regresar al nido. A la más gorda se le escapa una risotada entre los carrillos, seguro que la del bigote va contándole alguna mentira. Detrás salen los de mi edad, los

hipsters, como ellos se hacen llamar, cada uno concentrado en la pantalla de su móvil, sólo desvían la atención un momento para esquivar el cuerpo de la paloma. Sus conversaciones se cruzan en mis oídos, siempre las mismas, yo voy al metro, ¿vienes? Déjalo, me voy andando, que he quedado aquí cerca. El cachitas y la tonta de las medias verdes se acercan a la moto esperando que me aparte para subir con más comodidad. No lo haré. Los oigo murmurar, déjala, pobre amargada. Suben a la moto y los reproches se pierden con el rugido del arranque, el humo del tubo de escape me calienta la pierna derecha, hace que la tela del chándal me acaricie los tobillos. El colombiano me saluda levantando las cejas cuando sabe que nadie lo ve y continúa calle abajo. Todos se mueven a mi alrededor dándome la espalda, sacan sus cigarros, charlan, ¿tienes fuego?, se preguntan los unos a los otros. Yo tengo mucho fuego. Seguid, seguid enseñándome vuestra espalda, cruzad con la cabeza gacha, no miréis a la tuerta, que da mala suerte, ya os mira ella a vosotros, aunque para mí tampoco sois nada: la gorda, el cachitas, los *hipsters*, la tonta de las medias verdes, el colombiano. Nada.

Ernesto –así le llaman los demás– sale el último, con su pelo blanco y la panza oprimiéndole los botones de la camisa. No puedo evitar acordarme de ti, padre. Muchas veces fantaseo con cómo serás después de tantos años, y aunque me esfuerzo en imaginarte, sólo te veo como eras entonces, cuando despellejábamos conejos en el corral; un puñetazo tuyo entre las orejas del bicho hacía crujir el cráneo como si fuera una nuez, luego un hilo de sangre formaba un charco en la tierra. Yo sujetaba las patas traseras mientras tú hacías cortes con el cuchillo sobre la piel del conejo y rápidamente lo desnudabas a fuerza de tirar del pellejo como si fuera un jersey.

Cuando levanto la vista, los del turno de tarde se han dispersado, veo la coronilla de Ernesto alejarse entre los montículos de basura.

Estoy sola en la calle. Son las once de la noche.

El sótano está en penumbra, hay un único punto de luz en la mesa donde Tariq y yo nos sentamos, justo al lado de la escalera que sube al *hall* de la entrada, los demás escritorios permanecen toda la noche a oscuras. La sala es rectangular, al fondo están el baño y el despacho de Silvia. Cuando llego a mi puesto, él ya está atendiendo una llamada. Lo primero que hago es descalzarme, fuera zapatillas y calcetines. Tariq me mira sonriente, teclea con los dedos morenos y dicta por el micrófono de los auriculares el horario de alguna oficina municipal. Viene sin afeitarse, como siempre que nos incorporamos después de unos días de descanso. Lanzo la talega junto al teclado y me dejo caer en la silla que hay junto a Tariq. Los dos nos sentamos de frente a la oscuridad, dando la espalda a la escalera que sube al recibidor; él siempre a mi derecha, así yo puedo verlo y él fantaseará con que tengo dos ojos.

Pasamos muchas horas bajo tierra. En este lugar no hay ventanas, es como trabajar dentro de un nicho. Lo llamamos el ataúd.

Marco mi código en el teclado del terminal y entra la primera llamada, le atiende Águeda Pacheco, ¿en qué puedo ayudarle? Por supuesto, un momento, por favor. Sí, mire, la boca de metro más próxima es Antón Martín, puede consultar la programación de este mes en la página web. A usted por su llamada. Los pitidos de nuestros terminales se superponen, casi se entrelazan, pasamos un par de horas atendiendo llamadas; Tariq explica cómo ir al zoo, es muy fácil, señora, puede ir en metro con la línea cinco o la diez y bajarse en Casa de Campo, o bien en autobús desde Príncipe Pío, el treinta y tres le deja en la puerta. Encantado de atenderla, buenas noches. Después de tantos años, podemos recitar la mayoría de los datos de memoria. A veces, mientras escucho las quejas de algún pesado, siento un montón de uñas escarbando en mi barriga y me entran

náuseas. En ese momento, deajo caer mi cabeza en el respaldo de la silla y miro al techo, un techo que no es sino el suelo de una ciudad llena de mugre por la que cuesta caminar. Me quedo escuchando al idiota que ha elegido la noche para hacer sus trámites, quizá no tiene otro momento, pero me da igual lo que me diga, sólo quiero que se calle antes de que yo vomite, por eso aprovecho una pequeña pausa en su discurso para soltarlo de carrerilla: debe rellenar el formulario, presentar el DNI, certificado de empadronamiento, permiso de circulación y abonar la tasa, de lunes a viernes de nueve a dos en la junta de distrito, buenas noches.

Y cuelgo.

Me arranco el auricular y lo tiro contra la mesa.

Necesito moverme, las náuseas y el dolor de los tobillos van aumentando según transcurre cada minuto de estas noches que paso aquí enterrada con Tariq. Pero me quedo quieta, con el bulto de mi panza entre las manos y mirando la madera podrida de las vigas del techo. Hace unos meses, cuando el ERE, decidieron pintarlas de azul: echar a ochenta personas y pintar las vigas, los zócalos y las esquinas de azul cobalto, y las paredes de un amarillo tan rancio que casi es mejor no verlo, quedarse a oscuras, como hacemos los vampiros. Así nos llama Silvia a los de horario nocturno. Silvia es la... ¿Cómo decirlo? Si ella se presentara diría que es la coordinadora, pero sólo es un tapón con ojos de mapache, la responsable de haber fulminado a todos esos parias que ya no trabajan aquí. Yo me libré por poco, y ahora ella no sabe qué inventarse para deshacerse de la tuerta. En el turno de noche ya sólo quedamos cuatro: Tariq y yo trabajamos siete días seguidos y libramos otros siete, en los que nos sustituyen dos chicas a las que nunca vemos. Hace semanas Tariq escuchó el rumor de que van a quitar el turno de noche y desde entonces no me deja tranquila: el bebé, Águeda, qué hacemos con el bebé si nos quedamos en paro. Y yo no suelo contestar. La gente grita

en las calles, quieren aceras limpias y que alguien les dé un empleo. Yo tengo trabajo. Debería sentirme agraciada por que un aspirante a técnico de museo se haya fijado en esta cosa que soy, y tendría que luchar por lo que llevo en el vientre. Pero todo eso me da igual. En mi cabeza está mi padre.

Tariq saca esa tortilla de patata de la que se siente tan orgulloso. Se la come en el *tupper* cortándola en trozos muy pequeños, como si fuera para un niño. A veces me ofrece el tenedor con un pedazo de tortilla en la punta, pero yo siempre lo rechazo, y él siempre se lo lleva a la boca con una sonrisa y continúa masticando y leyendo sus apuntes de museología. Cuando se cansa del silencio, empieza a hablar de todas esas cosas que sus padres han comprado para el bebé y de las ganas que tienen de regresar a Madrid para conocerme. Están intrigados por cómo será la madre de su nieto, dice Tariq; mejor que no lo sepan, le digo yo a él, y entonces se le ponen los ojos que casi le chocan contra los cristales de las gafas y no para de rascarse la barba y dice que no me valoro, que soy muy guapa con mi pelo ardiente y mi tez blanquita, aunque lo cierto es que es más bien amarillenta. ¿Y el ojo, Tariq? ¿Qué me dices del ojo? Y él arruga la nariz y se toca las gafas, me dice que no empiece con eso otra vez, que me quiera un poco más.

Tú lo ves muy fácil, morito.

Cuando viene con esa cantinela, soy incapaz de rebatirle o contestar algo que tenga sentido para él, y hasta me da por llorar. En cuanto noto el nudo en la garganta, me levanto de la silla y voy directa al fondo de la sala, el otro extremo de nuestro ataúd, donde Tariq no puede ver la debilidad ni las lágrimas. Arrastro los pies por la penumbra, fumo un cigarrillo con la cara mojada, el llanto siempre me pone de mal humor, me dan asco los lloricas. Tariq levanta la cabeza con la boca llena, me busca en la oscuridad. La luz naranja del cigarro le dice dónde estoy, y él vuelve a bajar los ojos a sus apuntes y sigue comiendo.

Qué buen padre, Tariq, seguro que serás el más atento y cariñoso de todos. Lástima que no entiendas que yo no soy tu hija, estás demasiado ocupado en que yo deje de fumar, no es bueno para el bebé, dices. Siempre lo llamas así: *el bebé*. Sabes que yo jamás digo esa palabra, no al menos en voz alta. Me repugna tanta ñoñería.

–Mi madre nos ha comprado una cuna –dice arrugando la nariz.

Aún no estoy en condiciones de hablarte, morito. Déjame sollozar un poco más.

Lo escucho cerrar el *tupper*, remueve sus papeles sobre la mesa. De vez en cuando levanta la mirada hacia el punto de luz naranja de mi cigarro, luego se sube las gafas con el dedo índice, frunce la nariz y sisea la lección como si no le importara mi respuesta. Ni estudiando eres capaz de callarte.

Con la vista en la lectura, me sigue contando lo que nos ha comprado su madre: la bañera, la ropita (también me repugna decir *ropita*), los patucos, los mil trastos imprescindibles a partir de ahora, nada rosa ni azul para que no haya problemas cuando nazca.

Insiste en lo de la cuna.

¿Quién ha pedido una cuna? Yo no he pedido nada a nadie. A Tariq los ojos se le hacen muy pequeños detrás de los cristales y vuelve a arrugar la nariz esperando respuesta. Siempre ese gesto estúpido. Después levanta los brazos hacia la negrura, pero el punto naranja del cigarro ya no existe. Me ha perdido, y aun así le habla a la oscuridad:

–No va a dormir en el suelo, tendrá que dormir en una cuna, qué sé yo, tampoco es ningún disparate, Águeda.

Vuelvo a la mesa despacio.

Él tamborilea con los dedos sobre los apuntes, esperando una respuesta.

Me siento de cara al ordenador como si tuviera mucho trabajo, y no digo nada, sólo apago el cigarro en la taza de Silvia. Es una taza rosa con un retrato de Audrey Hepburn y

la frase *Utterly divine, darling* escrita debajo en letras cursis; al principio, Tariq se enfadaba conmigo por usar la taza de nuestra jefa como cenicero, pero desde hace meses se limita a fregarla y devolverla a la mesa del despacho antes de que aparezca Silvia.

Tariq sigue esperando, recorriéndome con esos ojillos pequeños y negros, levanta la punta del zapato y la deja caer, repite el gesto como el segundero de un reloj; cuando hace eso me gustaría romperle la taza en los dientes, y sabe que puedo hacerlo. Lo sabe desde que marqué el dorso de su mano izquierda; con el tiempo la cicatriz, ese bulto de carne entre el dedo gordo y el índice, se le hizo familiar, y hasta dice que le gusta, supongo que para restarle importancia al hecho de que yo le apagara un cigarro en la mano el día que me preñó. Él cree que aquello fue un arrebato. No me conoces, morito, no sabes hasta dónde puedo hundirme.

Por fin dejas de dar golpes con el pie sobre el suelo. Lanzas tu habitual resoplido de indignación, cierras el *tupper* y te vas al baño a fregar los cacharros como buen amo de casa. Que queden relucientes, morito, como a ti te gusta.

Antes de ir al lavabo me preguntas si quiero que te llesves la taza de Silvia ya.

No, no quiero.

Esta vez eres tú el que desaparece por el pasillo rozando con el tenedor las esquinas de los escritorios, oigo tus zapatos cada vez más lejos, hasta que una línea de luz amarilla me dice que ya estás en el baño dispuesto a hacer tu labor y luego a afeitarte como cada viernes a las cuatro de la mañana. Mira que eres predecible.

Escucho los cubiertos removidos por las manos de Tariq entre el agua del lavabo.

Otro cigarro para apaciguar mis dolores. La barriga sigue con su revoltijo. Froto los pies descalzos contra el suelo

y eso me alivia un segundo, pero después me duelen y me pican más.

Las noches en las que está dispuesto a soportarme, el morito recoge mis calcetines del suelo y hace con ellos una especie de marioneta. A veces me la pongo en la mano, se mueve, me saluda con mis propios dedos, y eso me hace sentirme acompañada. Nunca se lo he dicho, pero me encanta cuando lo hace, por eso tiro los calcetines bajo su silla al llegar.

Hay noches que ni me entero de que Tariq está en el ataúd. Otras se cansa pronto de estudiar sus apuntes y vuelve a la carga con la organización de nuestra futura vida familiar, dónde y cómo viviremos, hay que pensarlo, Águeda, hay que pensarlo, porque mis padres dicen que podemos irnos los primeros meses a vivir con ellos a Galapagar, que en el chalet hay sitio de sobra para todos, porque ese pisucho en el que vives, lo de las cajas de cartón, en fin, Águeda, tú sabes que eso no. Y él no se da cuenta de que yo estoy concentrada en mis molestias. Los pies. La barriga. La cabeza. Soy una cuerda con tres nudos que me aprietan la carne a rabiar. A medida que avanza el embarazo, sobre todo ahora que ya faltan pocos días, tengo la sensación de que mi piel va a reventar, y siento que voy a romperlo todo, Tariq, pero no te rindes, continúas con tus monsergas y me reclamas ¿cómo es esa palabra que dices? ¿*Feed-back*?

Pero yo no contesto. Y tú dices que pienso mucho, que estoy toda la noche pensando. La gente siempre cree que si hablas poco es porque piensas mucho, y no, por lo menos yo no soy así, nunca me ha gustado pensar, siempre me acabo acordando de mi padre y al final me duele la cabeza.

La máquina de afeitar ya está encendida. Ese zumbido metálico arrastra un ruido en forma de erre que se propaga sobre los escritorios y los monitores hasta clavarse en mi sien, el runrún de la afeitadora me desquicia, me llena el

párpado de un picor rabioso, y sólo puedo rascármelo hasta poner la piel roja de tanto escozor.

Suena un pitido. Luz roja. Llamada entrante.

–Buenas noches, le atiende Águeda Pacheco, ¿en qué puedo ayudarle?

Silencio.

Luego un carraspeo como de tierra.

Habla. Hazlo. ¿Qué quieres ahora?

Su tos pedregosa me rasga el oído.

No habla, sólo bufa de vez en cuando en el auricular como un mulo cansado.

Cuelgo el teléfono.

La política de empresa nos prohíbe colgar a un ciudadano. Esta vez no se trataba de un ciudadano.

Me levanto de la silla. El estómago se voltea, la cabeza me aprisiona, siento que voy a caer, arrastro las uñas desde la frente hasta el pómulo repetidas veces, me agarro el pelo, lo alboroto hasta cubrirme la cara con él, la boca como si me la hubieran llenado de tierra; lo mejor será ir por un refresco de la máquina, algo que me despegue la lengua del paladar. Consigo subir el primer peldaño, noto el frescor de la madera en la planta del pie. Me agarro a la barandilla. Tengo que subir, pero la panza no quiere.

¿Así piensas liquidar a tu padre? Eres un fardo de carne inútil. No importa cuánto te alejes, él nunca te dejará tranquila. Esa tos de caverna al otro lado del auricular te devuelve a los días de la niñez, al vestido blanco con los bajos llenos de lodo y la sangre reseca sobre el corpiño; los días feroces en los que la niña pasó a ser un cíclope.

–¿Estás bien? Si quieres te traigo algo de la máquina.

Tariq ha vuelto del lavabo. Coge mi brazo para llevarme de nuevo a la mesa, pero yo cierro los dedos de la otra mano sobre la barandilla.

Me cuesta recomponerme, intento ganar tiempo echando un ojo a su vestimenta: el pantalón de pinzas beis y la camisa azul marino le dan un aire de profesor de secun-

daria. Se ha vuelto a dejar la perilla aunque sabe que la odio, el pobre disfruta de esa pequeña rebeldía.

Tengo ganas de llorar otra vez.

–Algo sin gas. ¿Un zumo? ¿Agua?

–No.

–Bueno, te traigo lo que tú quieras, tengo muchas monedas sueltas.

–No quiero nada.

Recobro la suficiente energía para volver a mi puesto. Él viene detrás, vigilando mis pasos como si me fuera a caer.

Yo me siento. Él permanece en pie. Me mira desde sus gafas de empujón, se las sube de un golpe con el dedo índice, luego apoya la mano en mi escritorio, casi junto al teclado del ordenador, dejando bien a la vista la cicatriz. En cada rincón siento a mi padre, su lengua negra, la sonrisa fosca y mellada, sus manos cubiertas de pelo. ¿Cómo estará la casa? ¿Seguirás solo?

–Tengo una cosa para ti –dice Tariq sonriente mientras agarra una silla y viene a sentarse muy cerca, formando una uve con sus piernas en torno a mí.

Le tiemblan las manos.

Del bolsillo del pantalón saca una cajita de color negro.

No es momento para estas cosas, morito.

Él me coge la mano y sonrío. Me suelto. La vuelve a agarrar.

Aparta la taza de Silvia y coloca la cajita frente al teclado de mi ordenador.

Los dos permanecemos quietos, en silencio. Miramos la caja sin atrevernos a tocarla, yo al menos no tengo ningún interés. No me gusta este juego.

–Venga, no seas así, es un regalo –me toca el brazo, y poco a poco lleva su mano hacia mi cabeza.

–No me toques el pelo.